



LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI

por SEGAR.





...ero * implacable.
Cuando el último reflejo de
la luz se apagó en el rostro de
Alvarez, se inclinó sobre su cabal-
lo y huyó a media rienda.

LOS ALVAREZ

Los Alvarez pertenecían a un
partido por tradición. Estancia-
rios acendrados, propietarios de
campos extensos, sus ganados se
contaban por millares de cabezas.
Se jugaban su vida y su fortuna
apoyando la causa que se se-
guía. Guatro hermanos varones
llevaron el nombre del desasta-
do. Pero uno de ellos, el
segundo, abogado residente en
la capital, ocupaba una desca-
lante posición política en el
partido contrario.

El padre de los Alvarez, pa-
triarca de robusta vejez, dísca-
to y fuerte como una buena
lana, había destruido definiti-
vamente el nombre del desasta-
do en las conversaciones fami-
liares.

Un día un forastero, no sabien-
do de la vida herida que encoba-
ba, se refirió desfogadamente a él.

El viejo, que hasta en ese mo-
mento había estado en calma, se
irguió iracundo, y señalando a la
anciana compañera que inclinaba
el rostro hacia las palabras del
forastero, dijo:

— ¡Vea, al me lo nombra-
re! Que si no fuera por dudar de la

do destruido al suelo, bajo su
luz.

En la faz del cielo se retrató
una angustia sin límites y ante
la inminencia de su fin le
suplía:

— No me acabe, hermano...
¡Tengo tres hijos!

Pero Leandro, aunque lo oyó
claramente, no lo interpretó, y



como si el deseo de su vengan-
za sobre otro le empujara fati-
lmente el brazo, lo inmola.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

Leandro volvió con el último
grito, que se había despedido
y se había ido.

Y los jueces, también cubiertos
de tierra y sudor, hablaban a
gritos enredados, festejando
con chistes caros, a expensas
de los fugitivos, su fácil triunfo.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

pero era ya tarde. Las dos tro-
pas levantaron nubes de polvo
sobre los campos resacas por los
soles del verano. La grúrdia de
los perseguidores enredaba,
sumida al tropel de los ca-
sacos, que creaban como un trueno
prolongado y profundo. La
distancia disminuía, las lanzas
se inclinaron y las cuchillas, bri-
llando al sol, buscaron su presa.

En un momento deshicieron a
los fugitivos, algunos de los
cuales quedaron en el campo,
otros fueron montados sobre
grupos aislados, mientras los
que habían quedado en pie eran
hechos prisioneros.

Los que volvían de perseguir
fueron formados en círculo alre-
dor de aquellos. Traían los ca-
ballos cubiertos de tierra y sudor,
los flancos sumidos y palpitantes.
Algunos destilaban gruesas
gotas de sangre de sus vientres
rasgados por las desespera-
das llamadas de las espuelas.

Y los jueces, también cubiertos
de tierra y sudor, hablaban a
gritos enredados, festejando
con chistes caros, a expensas
de los fugitivos, su fácil triunfo.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.

— ¡Ah, me lo nombra-
re! — dijo el forastero, con un
empuño y mohño de las faldas
en el gesto.



permitía conservar su rostro in-
expresivo, para que sus enemi-
gos no se gozaran en su desgra-
cia.

— ¡De no haber rodado, no
eran ustedes los que me iban a
agarrar vivo! — dijo por todo
comentario a los que lo habían
hecho prisionero.

— ¡Vaya y pregúntele, he di-
cho!

— ¡Qué barbaridad! Lanzas
vengadoras habiendo de haberse
hecho esto a Pérez y ya
contándole el cuento al diablo!

— ¡Tiene dos — dijo, evan-
diando el tono que había cam-
pido con toda mala voluntad.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

volvió disgustado para el fogón.
Cuando volvió, Leandro le or-
denó:

— ¡Vaya, vaya a Pérez, y con
maña, como cosa mala, avé-
guale si tiene hijo.

— ¡Pa' qué! — respondió malho-
mudo.

— ¡Vaya y pregúntele, he di-
cho!

— ¡Qué barbaridad! Lanzas
vengadoras habiendo de haberse
hecho esto a Pérez y ya
contándole el cuento al diablo!

— ¡Tiene dos — dijo, evan-
diando el tono que había cam-
pido con toda mala voluntad.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.

— ¡Esta noche. Dije que no, más
de la noche.



Asistió con un gesto Rios.
En realidad no entendía nada.
Todo le parecía cosa de un sue-
ño. — ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!

— ¡Esta Pereda! ¿Qué dis-
para!



— ¡Te voy a "desenar"! Le
desenaré su siempre "bueno"
queden pocos!

Y con delectación salva-
je, el momento de su venganza.
El otro herido, que no había
llamado la atención del argen-
to, carró los ojos fingidamente
muertos, temeroso de que una vez
sacaba con Alvarez, el últi-
ma también a él. Pero el
viejo Pereda, que así se llama-
ba, no veía más que el objeto de
su venganza, que cumplió, bá-
r-

BUSCA EL RASTRO

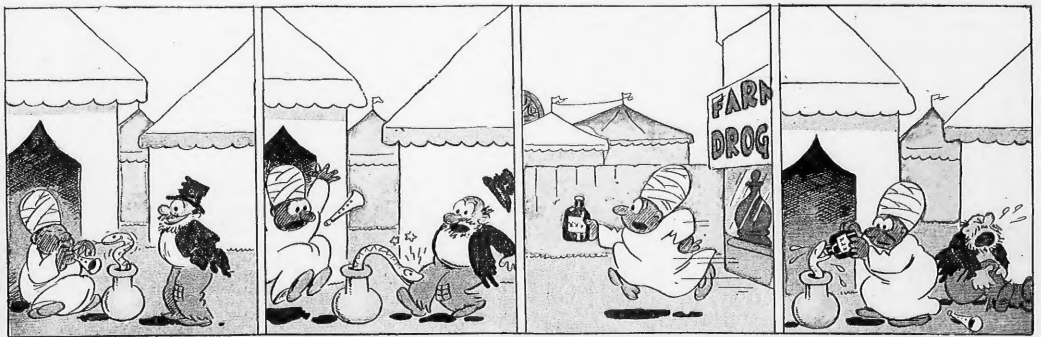
Leandro Alvarez supo por el
otro herido el fin de su herma-
no y se echó sobre el rastro del
asesino.

Noche. En los fogones (papa-
dos con ceniza, agonizaban las
brasas. Un viejo, adusto vete-
rano de las revoluciones, char-
laba "despacadamente, mientras
sonaba el canto.

— ¡Ah! ¡Ah! te quería ver al-
guna vez!

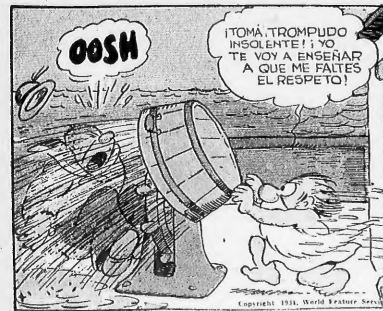
El canto lo miró sin contesta-
re, despreciándolo.

El argenteo apoy



LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

Dirks



EL CASTIGO M



Se enfermó la joven reina y el Dragón en el colmo de la desesperación llamó al pulpo, que es el médico más famoso del fondo del mar. Con voz tonante el rey del océano le ordenó curar en seguida a la hermosa sobrina

EN los tiempos remotos vivía en el fondo del mar un dragón que gobernaba a todos los peces del mundo. Estos lo veneraban como a un dios, pues no había en el océano otro ser más poderoso que él.

El dragón vivía solo en su espléndido palacio. Sin embargo, se daba cuenta de que a una persona de su rango le convenía más tener una esposa; un casado suele inflamar más respeto que un soltero, por ser merecedor de mayor estima.

Tomando en cuenta todo eso, el dragón tomó la decisión de casarse. Encontró una novia digna de él y dió la orden de celebrar las bodas.

Cuero está que, tratándose del enlace de un rey, debía efectuarse una fiesta regia y los cortesanos del dragón se desvivían para hacerlo lo más lujoso posible.

La noticia se propagó por todos los ámbitos del océano, ocasionando un gran alboroto entre sus habitantes. Todos, empezando por la enorme ballena y terminando por el pez más pequeño, acudieron al castillo del augusto novio para rendirle el homenaje y hacerle un obsequio, deseándole buena y feliz vida conyugal.

Una vez terminada la fiesta, el dragón quedó a vivir en su palacio con la joven esposa.

Los recién casados se aventaban a las mil maravillas y llevaban una vida ejemplar, serena y dichosa. De esta suerte transcurrieron dos meses. Luego sobrevino una desgracia: un día meo nos pensando la reina cayó enferma.

Al verla en un estado tan deplorable, el dragón, que adoraba a su esposa, fué presa de viva d e s e speración. Inmediatamente mandó llamar al médico submarino, el ermitaño pulpo, al encomendando la cura de la soberana. Además, ordenó a los cortesanos a montar guardia noche y día, junto a la cabecera de la augusta enferma.

Pero, a pesar de todos los solícitos cuidados que se le prodigaban, la esposa del dragón no mejoraba. Más bien al contrario: el estado de su salud empeoraba visiblemente.

El rey del océano, en el colmo de la desesperación, mandó llamar al pulpo, dirigiéndole las siguientes palabras:

—Oye, pulpo. Según dicen, eres médico. Y, si lo eres, ¡por

que no sabes curar a los enfermos! Por lo que veo, lo único que sabes hacer es menear tu enorme cabeza, estirando los labios con aire docto. En cuanto a los conocimientos científicos, careces de éstos en absoluto.

El rey hablaba con voz atrozadora y tono amenazador, mientras que sus ojos echaban chispas. Al pobre pulpo le temblaron de susto todos los ocho tentáculos.

REVERENCIA

—Perdone, Su Majestad, — contestó con voz trémula, haciendo una profunda reverencia. Le juro que tengo el más vivo deseo de curar a su augusta esposa, pero, por más que me empeño, no puedo vencer su enfermedad. Confieso que ya no sé más qué hacer y le pido perdón mil veces.

—Conozco un remedio, el único eficaz en este caso, pero, desgraciadamente, es imposible conseguirlo acá.

—¿Qué remedio es este? — inquirió el dragón impacientemente.

—El hígado palpitante de un mono, arrastrado de su cuerpo vivo — contestó el médico.

—Es cierto que no se puede encontrarlo en nuestros parajes — afirmó el rey con tono triste.

—Y sin embargo es el único remedio infalible que puede devolver la salud a la reina — volvió a repetir el pulpo.

—En tal caso hay que conseguirlo, cueste lo que costara — dijo el dragón con tono resuelto. ¿Dónde se puede encontrar a un mono?

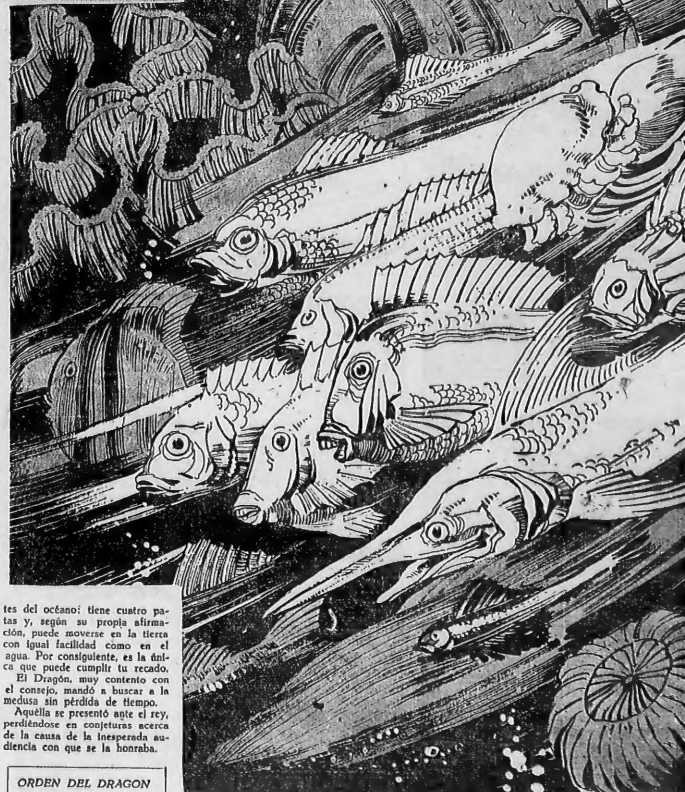
—En la parte austral de este mar — contestó el médico — hay una isla en la que viven muchísimos monos. Hay que atrapar a uno de ellos y traerlo acá para sacarle el hígado palpitante.

—Así se hará — dijo el dragón, despidiendo al facultativo con un ademán majestuoso.

Acto seguido mandó llamar a su Primer Ministro, el tiburón, al que explicó el asunto, pidiéndole consejo.

El tiburón se puso pensativo. Después de un largo rato de meditación exclamó:

—Tengo una idea luminosa: hay que mandar a alguien a la isla para conseguir un mono vivo. Entre tus súbditos hay una persona adecuada para el caso: es Merlusa Tonalal. Es cierto que es lea pero, en cambio, tiene una ventaja ante los demás habitantes



ORDEN DEL DRAGON

El Dragón le dió la orden de ir inmediatamente a la isla, situada en la parte austral del mar, para traer de allí a uno de los monos, cuyo hígado palpitante, sacado del cuerpo vivo, era necesario para curar la enfermedad de la reina. En caso de que cumpliera con éxito su recado, el soberano prometía a la medusa una regala recompensa.

La noticia del casamiento del Dragón se propagó por todos los ámbitos del océano, ocasionando un gran alboroto entre sus habitantes. Todos, desde la enorme ballena y terminando en el pez más pequeño, acudieron al castillo del augusto novio para rendirle homenaje y hacerle un obsequio, deseándole larga y feliz vida conyugal. Una vez terminada la fiesta, el Dragón quedó a vivir en su regio palacio con la bella joven

nera podría cumplir la orden del rey. —Su Majestad — dijo con voz temblorosa. Tengo un gran deseo de hacer lo que me manda, pero puesto que jamás he hecho nada por el estilo, no sé cómo empezar tan siquiera. ¿Qué es el mono y qué hay que hacer para capturar un mono vivo? —El mono es un animal terriblemente peligroso. Para capturar a un mono es necesario valerse de algún ardid y engañarlo. —Engañarlo? — repitió la medusa pensativa. ¿Y cómo lo haré? —Te voy a dar un consejo — contestó el Primer Ministro del Dragón. En cuanto llegues a encontrar a un mono saludalo con esta manera la benevolencia del mono, dile: "¡No le gustará, señor, hacer un viaje a mi patria! Allí tenemos una cosa muy interesante: el palacio de nuestro rey, el Dragón. ¡Qué maravilla! ¡Qué hermosa! ¡Apuesto que en tu vida has visto algo semejante! Si quiere ir allí le prometo enseñarle el íntegro". Describiendo en esta manera la belleza del palacio

do real conseguirá despertar la curiosidad del mono, logrando traerlo acá. —Pero según tengo entendido, el mono no sabe nadar. ¿Cómo podrá venir hasta aquí, pues? —Tendrás que traerlo a cuerdas. —Pero, supongo que este animal ha de pesar mucho. —¿Que le vamos a hacer? Hemos un esfuerzo para complacer a Su Majestad. —Bueno. Trátare de cumplir todo en la mejor manera posible. —Ten en cuenta que es un asunto delicado y no vayas a cometer algún error irreparable. —Pueda. Cuidado. Me aldrá todo a pedir de boca. La medusa repitió los consejos que acababa de darle el tiburón (con el fin de que quedaran grabados en su memoria) y salió del palacio. Después de un viaje bastante prolongado el emisario del soberano llegó por fin a su meta. Se apeó en la costa de la isla

la medusa, que no era muy inteligente, que digamos, quedó perpleja, pues no sabía de qué manera atrapar a la fuerza nunca poro de pitreos. Hablando captado

ME FUE CUIDO

la, echando alrededor suyo una mirada peripatética. De pronto vio un ser desconocido sentado en las ramas de un sauce lloron.

EL ENCUENTRO

—Este debe ser el mono — dijo el rey, recién llegada para sus adentros. —Ahora llegó el momento

en cualquier época del año y se te dará el permiso de contarnos cuando te dé la gana. Te repito que es la maravilla más grande del mundo.

La medusa seguía ponderando la residencia del Dragón, sin dejar de observar, a hurtadillas, al mono.

Este, evidentemente intrigado, bajó del árbol y escuchaba con

visible curiosidad las palabras de la medusa.

La última, habiéndose dado cuenta de que había llegado el momento oportuno, dijo a su oyente lo siguiente:

—Me veo obligada a despedirme de ti pues tengo que volver a casa. Si deseara ver el palacio del Dragón, aquí tienes una oportunidad para cumplir tu deseo: te ofrezco conducirte allí ¡Qué te parece la propuesta?

POR EL AGUA

—Muy interesante — contestó el mono — y la aceptaría con el mayor gusto, porque quisiera ver todo aquello. Pero... no sé andar por el agua.

—Eso es lo de menos — replicó la medusa — Te llevaré a cuestras.

—Me da vergüenza molestarle tanto — dijo el otro.

—No es nada... Es cierto que eres algo pesado... Sin embargo, para complacerme no escatino mis fuerzas.

—Ya que eres tan amable, acepto tu invitación, aunque le repito, me da vergüenza molestarle.

Así diciendo el mono se sentó en la espalda de la medusa, la cual emprendió inmediatamente el viaje de regreso, nadando con velocidad, no obstante la carga pesada que llevaba.

—Cuidado — gritó el mono asustado. — Más despacio, por favor.

—No te muevas mucho — replicó la medusa, sin inmutarse — porque, de lo contrario, puedes caerte al agua.

El mono quedó quieto. Los viajeros avanzaban rápidamente. Cuando hubieron llegado a la mitad del camino, la medusa preguntó a su pasajero:

—Dime, ¿tienes una cosa que se llame hígado?

—Sí — contestó el mono, sorprendido. — ¿A qué se debe esta pregunta?

—Oh, es una cuestión de primacía imperial.

—Ah, sí... ¿Por qué?

—Ya lo sabrás pronto.

—¿De qué se trata? Dímelo, por favor. Tus palabras misteriosas me infunden miedo.

—Bueno, pues. Me eres muy simpático y me da pena verte afligido; por eso te explicaré todo. Resulta que la esposa de nuestro rey, el Dragón, padece una dolencia muy grave. Por más que tratan curarla, hasta ahora, todo fue en vano. El médico de la corte dijo que el único remedio eficaz contra la enfermedad de la reina consistía en el hígado palpitante de un mono. Por eso se me dio orden de traerle vivo al palacio real. No bien llegamos allá, el pulpo te sacará el hígado. Creeme que te compadeceré con todo el corazón.

Al oír estas palabras, al mono se le pusieron los pelos de punta. Un loco pavor se apoderó de él, al imaginarse el cruel destino que lo aguardaba.

UN ENGANO

—Qué horror — dijo para sus adentros, temblando de pies a cabeza. — Ahora me doy cuenta de que caí víctima de un engaño, habiéndome urdido. Es evidente que la medusa había ido a la isla del único fin de llevarme al palacio del Dragón, para luego, sacrificarme por la salud de la reina.

—Pobre de mí. He caído en un lazo y me encuentro en un mal trance. ¿Qué hacer? Es necesario encontrar una solución y salir victorioso del paso... Calma... Ante todo el dominio sobre sí mismo. No cabe duda de que lo único que puede salvarme es la astucia... Tengo que acudir a alguna astucia. Ya veremos quién saldrá con la suya.

Reflexionando de esta suerte el mono trató de serenarse y de disminuir su miedo. Luego dijo a su montura:

—Gracias por haberme explicado el asunto. Pero, ¡por qué no me lo habías dicho, mientras estábamos en la isla!

—No soy tan zorra como te parece — contestó la otra sonriendo. Sabía que si te lo dijera allá no hubieras querido creerme.

—Te equivocas — dijo el mono. No soy tan mequino como para no querer creer a uno de



la no tenía más objeto, la medusa emprendió el viaje de regreso, con el corazón optimista y llorando a lágrima viva.

Entretanto el Dragón la esperaba con gran impaciencia, asomándose a mirarlo a la ventana. Según sus cálculos, el emisario debía ya estar de vuelta.

Por fin vio aparecer a la medusa, con aire triste y compungido.

—Ya era tiempo — exclamó el

Reverlo hasta la mitad del camino. Pero, luego, él, a su vez, me engañó a mí.

Vió cómo al rey todo lo que le había sucedido.

Al enterarse del fracaso de la expedición, el Dragón se puso furioso. Abrió las enormes fauces, descubriendo sus horribles colmillos, y vociferó con voz atroz.

—Te voy a aplicar un castigo inaudito por su crueldad, pero bien merecido; pero ¡tú, mandará sacarte del cuerpo todos los huesos. Semejante idiota puede vivir sin huesos... ¡A mí, criadito! Les ordeno pagar a esta infame hasta que de su cuerpo salgan todos los huesos, echándolos luego del palacio.

Los criados acudieron en el acto, temblando al oír la horrenda voz del rey y rodearon a la medusa.

—¡Misericordia! — imploraba la desdichada.

—¡Tienen que cumplir al pie de la letra la orden del Dragón, — contestaron los sirvientes.

Se reunieron alrededor de la medusa y se pusieron a golpearla sin piedad. Habiéndole sacado, a palos, todos los huesos, los desmenuzaron, echando luego del palacio el pobre despojo de la medusa, que, con su estúpidez, había provocado la cólera del Dragón.

Desde entonces la medusa vive sin huesos. No tiene ojos, ni boca; es blanda y transparente y se pasa la vida mecitiéndose sobre las olas del océano.

ILUSTRO PREMIANI

El mono había triunfado con su astucia de la estúpida medusa. Una vez de vuelta a la isla de los monos, aquí se puso a reír a carcajadas de la tontería de la medusa.

de mis hígados, sobre todo cuando se trata de la salud de la esposa del Dragón. En este caso hasta estaría dispuesto a pedir que se me conceda el honor de ofrecerle un hígado mío. ¡Qué lástima que no me lo hayas dicho antes! He dejado todos mis hígados en el árbol.

—¿Cómo? — exclamó la medusa presa de gran asombro, deteniendo su marcha. ¿Dices que los has dejado en la isla?

—Claro que sí. Son algo pesados y me molestan. Por eso, durante el día, me los saco y los cuelgo en las ramas del árbol. Si al emprender este viaje hubiera sabido que iba a necesitar uno de mis hígados lo hubiese llevado conmigo. Pero como no me has dicho nada no se me ocurrió hacerlo.

—¿Qué contratemal — exclamó la medusa. Para qué te llevo el palacio del Dragón si no tienes ni un solo hígado?

DEBIAN VOLVER

—¿Qué le vamos a hacer? Lo siento mucho, pero tendremos que volver a la isla.

—¿Para qué?

—Para buscar un hígado, pues. —Que mala suerte gruñó la medusa, malhumorada. Bueno... Volvamos... Pero está seguro de que sus hígados quedan en el árbol.

—Completamente seguro. Hay entre ellos uno muy grande y gordito.

—Llévalo que sin duda ha de servir bien para la enfermedad de nuestra reina.

—Está bien.

¡Estúpida medusa! Bastante trabajo le costó el viaje, con el mo-

no a cuestas. Y ahora tuvo que desandar lo andado.

Resignado y sofocado, llegó por fin a la costa de la isla. No bien se detuvo allí, cuando el mono se apresuró a encaramarse en el árbol, subiendo a su cima. Mirándose desde allí, con aire socorrido, a la medusa le dijo:

—Gracias por haberme traído de vuelta. Cuando vuelvas al palacio del Dragón, sálvala de mi parte.

—¿Cómo, — preguntó la medusa, en el colmo del asombro. — ¿Acaso no te he dicho que llevas un hígado?

El mono soltó una carcajada despectiva, diciendo:

—¡Te imaginas que voy a consentir en que me arranquen el hígado?

—¿Y nuestro convenio? — exclamó la medusa desesperada.

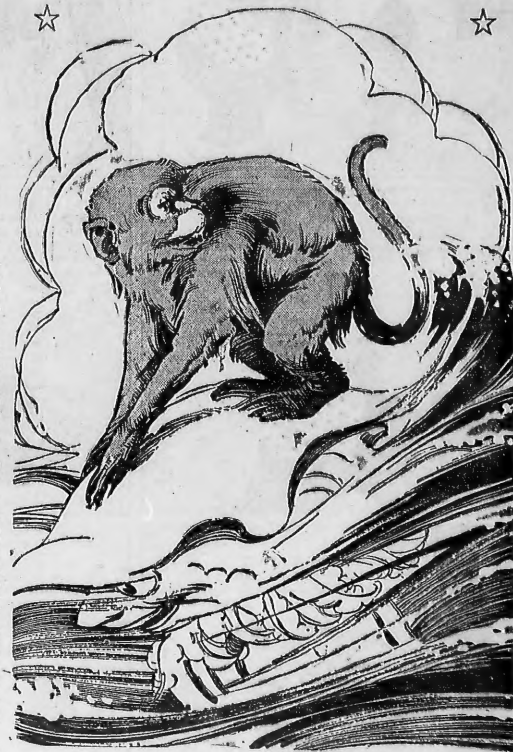
—Queda sin efecto, — contestó el mono riendo. — Tengo un solo hígado que se encuentra en el lugar que le corresponde, es decir, en el interior de mi cuerpo. Si me lo sacan, he de morir instantáneamente y es natural que no quiera dejármelo sacar. Si te empeñas tanto en conseguirlo, sube al árbol.

El estúpido animal, seguro que la medusa no podía alcanzarlo en su escondite se burlaba de ella a sus anchas.

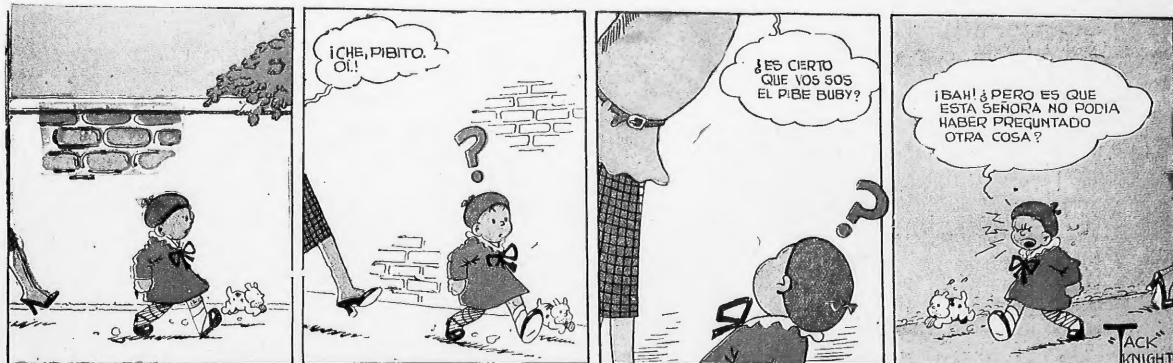
La otra, que por fin ha comprendido que ha sido hábilmente engañada, hacia esfuerzos desesperados, pero infructuosos, para subir la costa. Por fin prorumpió en injurias.

—Oh, ¡siempre igual, mentiroso, tunante! — gritaba, fuera de sí. — Me has engañado de la manera más vil... Ya me lo vas a pagar... No bien esté de vuelta en mi patria, presentaré una queja contra ti al todopoderoso Dragón.

Viendo que su estada en la is-



El mono quedó quieto encima de la medusa. Esta, a pesar del gran peso que llevaba a su espalda, marchaba a enorme velocidad. Recién a la mitad del camino la medusa reveló al mono toda la verdad de su misión. Ante el peligro el mono actuó con astucia.



Le Revientan los Tartamudos a Ranita, por Knight



HE E estado al borde de la muerte atacado por un elefante; me he visto en situaciones difíciles con rinocerontes y leones; pero nunca me he sentido más impresionado que en este último viaje a África, cuando traté de fotografiar mi primer gorila.

El ruido de los bambúes que se quebraban había estado. Había llegado al momento que esperábamos y nos encontramos en el país de los gorilas después de numerosas marchas agotadoras. Alrededor nuestro todo estaba tan tranquilo que podíamos escuchar la pisada del gorila cuando andaba. Empecé a girar la manivela. Entonces apareció una cabeza enorme, espantosa. La cabeza estaba vuelta hacia nosotros y allí permaneció algunos instantes, maciza y primitiva. Después, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

ENORME GORILA

Un chillido atroz, que ponía los nervios en tensión, partió de las matas de bambú. Otros chillidos similares respondieron en torno nuestro, jamás había oído chillidos tan fuer-

imposible tomar fotografías allí, caminé hacia el material más cercano de bambúes, pero quedé petrificado.

Sí que durante algunos instantes se me pusieron los pelos de punta. Se me ocurre que mi corazón dejó de palpitarse, puse a menos de cinco metros un enorme gorila parecía elevarse lentamente en el aire, y se elevaba cada vez más. Se mantuvo finalmente apoyado en sus patas traseras, tratando de asirse con sus manos a los flexibles bambúes. Luego abrió su hocico y lanzó el aullido más salvaje que haya escuchado en mi vida. Podía ver su roja lengua y sus encías y sus grandes dientes. Era un animal enorme. Si no hubiese sabido que los gorilas jamás alcanzan esas dimensiones, habría jurado que tenía más de tres metros de alto y que pesaba por lo menos quinientos kilos. Naturalmente que me daba esa impresión debido a mi propia nerviosidad y al hecho de que el animal se hallaba tan cerca de mí. Sin embargo, ahora, después de ha-

CAZANDO GORILAS



PROTECCION

Tenía, sin duda alguna, la idea de proteger a los gorilas jóvenes. Los otros monos se habían ido pero él permanecía allí a la espera de los acontecimientos. A veces solía colocarse a una distancia prudente, limitándose a observarme. Después se lanzaba contra mí a toda velocidad pero se detenía antes de llegar. Hasta ese momento había creído que los gorilas de ese distrito eran más pequeños que los de las otras zonas del Congo, pero el viejo mono que tenía frente a mí no era un enano. Por lo menos cuatro veces hizo esas cargas contra mí y cada vez tocó retirada, y lo podíamos ver caminando de un lado al otro, tal vez buscando qué era lo que podía hacer después.

Finalmente se decidí a abandonar el campo y lo seguí con mi máquina fotográfica. Después de haber examinado varios centenares de metros se reunió con otros

preparar la captura. Fue un momento de excitación para todos nosotros, pues sabíamos que si nos era posible apoderarnos de los monos vivos sería uno de los trofeos más raros de cuantos hemos traído de África.

Cuando todo estuvo listo colocamos a los muchachos en fila, de modo que pudieran agarrar a los animales y empezamos a derribar el árbol. Dewitt Sage, mi compañero de expedición y yo, nos pusimos todos los sacos que encontramos y guantes gruesos. Les entregué a mis muchachos de Nairobi lienzos acolchados y frazadas. Arriba los gorilas se medían en el árbol mientras el hacha hacía su trabajo.

FORMANDO FILA

Formamos una fila en el lugar donde sabíamos caería el árbol. Todos estaban nerviosos observando al leñador. De improviso se oyó un ruido seco y el árbol empezó a inclinarse describiendo un ancho arco y arrastrando a los gorilas hacia el suelo. Oí que cada uno de nosotros llegó junto a los monos antes de que éstos se diesen cuenta de que éstos se daban cuenta de que estaban en el suelo. To-



tes y penetrantes... Corrí rápidamente de un lugar a otro, desconfiando de estar allí cuando otra cabeza apareció; pero después de uno o dos minutos me pareció que se había perdido la oportunidad, pues lo único que podía ver era una sombra oscura moviéndose a través de las sombras más claras dibujadas por los bambúes. Entonces, persuadido que me sería

he visto centenares de gorilas, continuo creyendo que me daba esa impresión debido a mi propia nerviosidad y al hecho de que el animal se hallaba tan cerca de mí. Sin embargo, ahora, después de ha-

ber visto centenares de gorilas, continuo creyendo que me daba esa impresión debido a mi propia nerviosidad y al hecho de que el animal se hallaba tan cerca de mí. Sin embargo, ahora, después de ha-

PUZZLE PARA NIÑOS

UN GORILLON QUE NO ESTA SOLO



Este gorillon no está solo, pero, lo acompañan las cabezas de un hombre, un conejo y otra palmita. ¿Pueden encontrarlas entre las líneas de este dibujo gastando un poco de paciencia e inteligencia?

sólo permaneció allí medio minuto, que me pareció un siglo. Después, dando una vuelta rápida, se dejó caer en cuatro patas y desapareció.

IMPRESIONADO

Cuando recuperé mi calma, empecé a reconstruir en mi mente los detalles del animal. Lo que más me atrajo la atención fue el color de su cabeza y lomo, un gris plateado. También comprobé que sus colmillos se parecían a los del león y que sus dientes eran descoloridos. Es notable la impresión que produjo en mi imaginación esa mandíbula abierta mientras el animal lanzaba su formidable grito. Después recordé los dedos y anillos que eran los dedos en comparación con el resto del cuerpo.

El ancho de sus brazos era enorme; parecía no tener cuello, y su cabeza daba la impresión de estar pegada

directamente al torso. El grueso pelo que cubría su piel parecía lanudo. Pero lo que llamaba más la atención era su frente, que avanzando parecía querer hundir sus ojos. Y su cara era de un negro brillante y de un negro tal, que se asemeja a cuero. Jamás podré tomar una fotografía que muestre tantos detalles como se me han quedado grabados en mi mente desde aquel medio minuto angustioso.

JOVENES MONOS

Uno de mis principales objetivos durante ese viaje, era capturar gorilas vivos y llevarlos a los Estados Unidos. Después de caminar durante semanas a través de las selvas y las montañas, un día se nos presentó la oportunidad de capturar dos jóvenes gorilas, cada uno de ellos de un peso superior a 100 libras, que se prepararon a un árbol mientras los seguí-

Un chillido atroz que ponía los nervios de punta, partió de las matas de bambú. Un enorme gorila, un gigante de las selvas, se apareció frente a Mr. Martin Johnson

mos. Este fue el comienzo de otra aventura excitante.

Ya habíamos pensado la forma de apoderarnos de esos fuertes animales si alguna vez se nos presentaba la ocasión, pero realizar prácticamente esos proyectos era otro asunto. Se presentaba en primer lugar el problema del árbol; mantener los gorilas en el hasta que estuvieramos listos para la captura y después evitar que se escaparan durante la confusión producida por la caída del árbol.

También había allí cerca otro gorila viejo que parecía dispuesto a impedirnos que nos apoderáramos de sus dos jóvenes amigos. De modo que, mientras mis portadores estaban atareados observando el árbol y preparando alrededor de él un espacio libre de obstáculos, fui a ponerme en contacto con el gorila que estaba en el suelo.

siete u ocho gorilas y todos se internaron en la selva, corriendo con bastante velocidad. Los seguimos y tres o cuatro veces más el viejo mono cargó contra nosotros. Nunca he visto un gorila tan furioso. De rabia destrozaba los bambúes que encontraba a su paso. Poco después desapareció en la selva.

Durante todo este tiempo un espacio de terreno alrededor de los muchachos había trabajado arduamente limpiando el árbol donde estaban trepados los dos jóvenes gorilas. Se limpiaron más o menos treinta metros en tres de los lados y se creó en el otro, donde queríamos que cayese el árbol.

Muy arriba, entre las ramas, podíamos ver a los monos que nos miraban preguntándose qué iba a suceder. Tuvimos necesidad de más o menos cuarenta negros para

dos los muchachos se precipitaron con las gruesas frazadas gritando desahogadoamente, y por un momento negros y monos se confundieron en un solo conjunto. Bukari fue el héroe del día, pues saltó y capturó uno de los gorilas sin ayuda y lo envolvió en las sábanas cuando aún una docena de negros estaban luchando con el otro.

La captura duró sólo algunos minutos pero fué agotadora. Después, diez o doce muchachos estuvieron cada uno de los monos mientras Bukari y Orangi les amarraban las cuatro patas. Los animales fueron cargados y llevados así hasta las jaulas. Durante el resto del día nada hicimos, salvo mantenernos cerca de los gorilas y admirarlos. Todos teníamos el mismo pensamiento: "¿Cómo habíamos podido apoderarnos de animales tan grandes y fuertes!" Tenían un aspecto imponente y parecían gozar con las batallas y el mal tiempo que les dábamos.

Para elevar la captura obsequié a mis muchachos con tres cosas que les encantaban: té, azúcar y cigarrillos. Fué un gran día en el campamento y todo el mundo estaba contento.

Ilustró N. SEDITSIRA

Martin Johnson

De dónde proviene y cómo se elabora

ESTE EXCELENTE PRODUCTO...

Con Vino "Toro"
y soda helada
se hace el refresco
de la temporada.



Los más valiosos elementos que concurren a la creación de un buen vino: viñas seleccionadas, clima, terreno, modo de realizar la vendimia, métodos de elaboración y período de estacionamiento, se han reunido en combinación ideal para dar al Vino "Toro" la calidad óptima que le ha permitido conquistar en forma tan rotunda la preferencia de los consumidores argentinos.

Tendidas como una manta a los pies de los Andes, las 1.500 hectáreas de viñas selectas que la Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos "Giol" posee en Maipú, de Mendoza — cuna del famoso Vino "Toro", — van tomando del sol que las

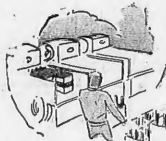


madura, de las aguas que bajan de la montaña para regarlas y de la privilegiada tierra que las sustenta, todo un tesoro de vida, fuerza y alegría, que los dorados racimos devuelven generosos en la vendimia.

El zumo genuino de esos viñedos, que ya encierra extraordinarias virtudes vitalizadoras y estimulantes, es sometido entonces a un cuidadoso proceso de elaboración, a cargo de técnicos expertos, que disponen de las instalaciones más modernas y completas de la industria vitivinícola mundial, ya que ni siquiera los más grandes viñedos y bodegas de Francia, Italia y España igualan en importancia a las Bodegas "Giol", productoras del famoso Vino "Toro".

Finalmente, una vigilancia continua y cuidadosa, un constante perfeccionamiento en los métodos de elaboración y un estacionamiento adecuado, permiten a las Bodegas "Giol" ofrecer el genuino Vino "Toro" — tinto o blanco,

— un producto noble, saludable, absolutamente libre de adulteraciones y manipuleos subalternos, y cuya alta calidad, celosamente mantenida desde hace 33 años, constituye el orgullo de sus productores y el placer de los entendidos.



S. A. BODEGAS Y VIÑEDOS "GIOL"

Beba
siempre

VINO TORO

EL VINO QUE ALEGRA LA MESA ARGENTINA

Participe en el Gran Concurso Vino "TORO" con más de \$ 100.000.- en Valiosos Premios